

ARAPILES



I

Fatigosas marchas, con no pocas desviaciones y cambios de ruta, nos llevaron á un pueblo llamado Dios-le-Guarde, donde por primera vez vimos tropas inglesas. Por el camino de Ciudad Rodrigo apareció falange numerosa de hombres vestidos de colorado, caballeros en ligerísimos corceles. Era la Caballería de Cótton, de la división del General Graham. Llegaron hasta nosotros los jinetes rojos, á quienes saludamos con vivas al *Lord* y á Inglaterra, y el jefe de ellos, que hablaba español como Dios quería, cumplimentó á D. Carlos

España, diciéndole que Su Excelencia el Sr. Duque de Ciudad Rodrigo no tardaría en llegar á Sancti-Espiritus. En dirección de este pueblo marchamos al instante; llegamos de noche; no se nos pudo facilitar alojamiento, y hube de dormir al raso. Á la mañana siguiente varios oficiales fuimos en busca de D. Carlos España, y no hallándole en el suntuoso pajar donde le habíamos dejado la noche anterior, acudimos al alojamiento del Duque, ansiosos de saber si nos agregaríamos pronto al Cuartel General, como era nuestro deseo.

Aposentábase Lord Wellington en la casa-ayuntamiento, la única decorosa para tan insigne persona. Llenaban la plazoleta, el soportal, el vestíbulo y la escalera multitud de oficiales de todas graduaciones, españoles, ingleses y lusitanos, que entraban, salían, formaban corrillos, bromeando unos con otros en amistosa intimidad, cual si todos perteneciesen á una misma familia. Subimos, y después de una hora de antesala, salió España y nos dijo:

«El General en Jefe pregunta si hay un oficial español que se atreva á entrar disfrazado en Salamanca para examinar los fuertes y las obras provisionales que ha hecho el enemigo en la muralla, y enterarse de si es grande ó pequeña la guarnición, abundantes ó escasas las provisiones.

— Yo voy — dije resueltamente, sin aguardar á que España concluyera.

— ¿Tú? — dijo España con la desdeñosa familiaridad que usaba hablando con sus oficiales, — ¿tú te atreves á emprender viaje tan arriesgado? Ten presente que es preciso atravesar las líneas enemigas, pues los franceses ocupan todas las aldeas del lado acá del Tormes. Luego has de penetrar en la ciudad, visitar los acantonamientos, sacar planos...

— Todo eso es para mí un juego, mi General. Entrar, salir, ver,... una diversión. Hágame Vucencia la merced de presentarme al Sr. Duque, diciéndole que estoy á sus órdenes para lo que desea.

— Eres un aturdido, Araceli... No sirves tú para el caso — replicó D. Carlos.

— Denme esa comisión, y se verá si sirvo ó no sirvo... Me vestiré de charro, entraré vendiendo hortalizas, carbón, teas... En fin, mi General — añadió con calor, — ó me presenta Vucencia al Duque, ó me presento yo solo.

— Vamos, vamos al momento — dijo España entrando conmigo en la sala.

Junto á una gran mesa colocada en el centro estaba el Duque de Ciudad Rodrigo con otros tres generales examinando un plano del país, y tan profundamente atendían á las rayas, puntos y letras con que el geógrafo designara los accidentes del terreno, que no alzaron la cabeza para mirarnos. Hízome seña D. Carlos España de que debíamos esperar... En silenciosa expectación permanecimos no sé cuánto tiempo, y por fin Lord Wellington levantó los ojos del mapa y nos miró. También yo le observé á él á mis anchas, gozoso de tener ante mi vista á una persona tan amada entonces por todos los españoles, y que tanta admiración me inspiraba á mí.

Era Wellesley bastante alto, de cabellos rubios y rostro encendido. Representaba cuarenta años largos. Su edad era la misma que la de Napoleón, pues ambos nacieron en 1769, el uno en mayo, el otro en agosto. El sol de la India y el de España habían alterado la blancura de su color sajón. La nariz ostentaba un alto y huesudo caballete; la frente, resguardada de los rayos del sol por el sombrero, conservaba su blancura hermosa y serena como la de una estatua griega, reve-

lando un pensamiento sin exaltaciones ni fiebre, una imaginación encadenada y gran facultad de ponderación y cálculo. Adornaba su cabeza un tupé ó mechón de pelo que no usaban ciertamente las estatuas helénicas, pero que no caía mal, sirviendo de vértice á una mollera británica. Los grandes ojos azules del General miraban con frialdad, posándose vagamente sobre el objeto observado, y escrutaban sin aparente interés.

Su Excelencia me miró como he dicho, y D. Carlos España dijo:

«Mi General, este joven desea desempeñar la comisión de que Vucencia me ha hablado hace poco. Yo respondo de su valor y de su lealtad; pero he intentado disuadirle de su empeño, porque no posee conocimientos facultativos.

— Para esta comisión — dijo Wellington en castellano bastante correcto, — se necesitan ciertos conocimientos...»

Yo miré á España, y España me miró á mí. La corteza no me acobardó, y sin encomendarme á Dios ni al diablo, dije:

«Mi General, es cierto que no estudié en ninguna academia; pero una larga práctica de la guerra en batallas, y sobre todo en sitios, me ha dado tal vez los



conocimientos que Vucencia exige para esta comisión. Sé levantar un plano.»

El Duque, alzando de nuevo los ojos, habló así:

«En mi Cuartel General hay oficiales facultativos; pero ningún inglés podría entrar en Salamanca, porque sería al instante descubierto por su rostro y por su lenguaje. Es preciso que vaya un español.

—Mi General, aunque en esta empresa existan todos los peligros, todas las dificultades imaginables, yo entraré en Salamanca, y volveré con las noticias que Vucencia desea.»

Tranquila y sosegadamente Lord Wellington me preguntó: «Señor oficial, ¿dónde empezó usted su vida militar?»

— En Trafalgar, contesté.

Cuando esta grandiosa y trágica voz resonó en la sala en medio del general silencio, todas las cabezas de las personas allí presentes se movieron como si perteneciesen á un solo cuerpo, y todos los ojos fijáronse en mí con vivísimo interés.

«¿Según eso, ha sido usted marino? — interrogó el Duque.

— Asistí al combate á los catorce años de edad. Yo era amigo de un oficial que iba en el *Trinidad*. La pérdida de la tripulación me obligó á tomar parte en la batalla.

— ¿Y cuándo empezó usted á servir en la campaña contra los franceses.

— El 2 de mayo de 1808. Los franceses me fusilaron en la Moncloa. Salvéme milagrosamente; pero en mi cuerpo han quedado escritos los horrores de aquel tremendo día.

— ¿Y desde entonces se alistó usted?

— Alistéme en los regimientos de Voluntarios de Andalucía, y estuve en la batalla de Bailén.

— ¡También en la batalla de Bailén!

— Sí, mi General: el 19 de julio de 1808. ¿Quiere Vucencia ver mi hoja de servicios, que comienza en dicha fecha?

— No, me basta — repuso Wellington. — ¿Y después?

— Volví á Madrid y tomé parte en la jornada del 3 de diciembre. Caí prisionero, y quisieron llevarme á Francia. Pero me escapé en Lerma, y fui á parar á Zaragoza en tan buena ocasión, que alcancé el segundo sitio de aquella heroica ciudad.

— ¿Todo el sitio? — dijo Wellington con creciente interés hacia mi persona.

— Todo, desde el 19 de diciembre hasta el 12 de febrero de 1809. Puedo dar á Vucencia noticia circunstanciada de las diversas peripecias de aquellos hechos de armas.

— ¿Y á qué ejército pasó usted luego?

— Al del Centro, y serví á las órdenes del Duque del Parque. Pasé después á Cádiz; defendí durante tres días el castillo de San Lorenzo de Puntales. Luego me agregaron á la expedición del General Blake á Valencia, y durante cuatro meses serví á las órdenes del Empecinado, en esa guerra de partidas en que tanto se aprende.

— ¿También guerrillero? Veo que ha ganado usted bien sus grados. Irá usted á Salamanca, si así lo desea.

— Señor, lo deseo ardientemente.

— Bien — añadió el héroe de Talavera, fijando alternativamente la vista en mí y en el mapa. — Disfrazado se dirigirá usted hoy mismo á Salamanca. Forzosamente ha de pasar por entre las tropas de Marmont, que vigilan los caminos de Ledesma y Toro. Hay muchas probabilidades de que sea usted arcabuceado por espía; pero Dios protege á los valientes... Si logra penetrar en la plaza, sacará usted un croquis de las for-

tificaciones, examinando con la mayor atención los conventos que han sido convertidos en fuertes, los edificios demolidos, la artillería que defiende los aproches de la ciudad, el estado de la muralla, las obras de tierra y fajina, todo absolutamente, sin olvidar las provisiones que tenga el enemigo en sus almacenes.

— Mi General, comprendo bien lo que se desea, y espero contentar á Vucencia. ¿Cuándo debo partir?

— Ahora mismo. Estamos á doce leguas de Salamanca. Prepárese usted inmediatamente, y mañana martes podrá entrar en la ciudad. En todo el martes ha de desempeñar por completo esta comisión, saliendo el miércoles de madrugada para venir al Cuartel General, que en dicho día estará seguramente en Bernuy. El *Mayor General* del Ejército entregará á usted la suma que necesite para la expedición.

— Corriente, mi General. El miércoles á las doce estaré en Bernuy.

— Adoro la puntualidad, y considero como origen del éxito en la guerra la exacta apreciación y distribución del tiempo.

— Eso quiere decir que si no estoy de vuelta el miércoles á las doce, desagradaré á Vucencia.

— Y mucho. En el tiempo marcado puede hacerse lo que encargo. Dos horas para sacar el croquis; dos para visitar los fuertes, ofreciendo en venta á los soldados algún artículo que necesiten; cuatro para recorrer toda la población y sacar nota de los edificios demolidos; dos para vencer obstáculos imprevistos; media para descansar. Son diez horas y media del martes por el día. La primera mitad de la noche para estudiar el espíritu de la ciudad, lo que piensan de esta campaña la guarnición y el vecindario; una hora para dormir, y lo restante para salir y ponerse fuera del alcance y de la vista del enemigo.

— Á la orden de mi General, dije disponiéndome á salir.

Lord Wellington, el hombre más grande de la Gran Bretaña, el rival de Bonaparte, la esperanza de Europa, el vencedor de Talavera, de la Albuera, de Arroyomolinos y de Ciudad Rodrigo, levantóse de su asiento, y con grave cortesanía y cordialidad que inundó mi alma de orgullo, dióme la mano, que estreché con gratitud entre las mías.

Salí á disponer mi viaje. Poco tardé en cambiar mi empaque de oficial del ejército por el del más rústico charro que vieron los campos salmantinos. Con mi cal-

zón estrecho de paño pardo, mis medias negras y zapatos de vaca, con mi chaleco cuadrado, mi jubón de aldetas en la cintura y cuchillada en la sangría, y el sombrero de alas anchas y cintas colgantes que encajé en mi cabeza, estaba que ni pintado. Completaron mi equipo por el momento una cartera, que cosí dentro del jubón, con lo necesario para trazar algunas líneas, y el alma de la empresa, ó sea el dinero que puse en la bolsa interna del cinto.



II

Para contaros, amados niños, con todos sus pormenores y perendengues las dificultades que hube de vencer en mi arriesgada misión, necesitaría mayor espacio del que estas páginas me ofrecen, y embargaría

más de lo regular vuestra atención con actos míos particulares, que no creo dignos de la Historia. Mi primer cuidado fué procurarme una *carta de seguridad*, sin la cual, entrar en la plaza era lo mismo que ir á prisión segura con quebrantamiento de huesos. Facilitóme la *carta* de un hijo suyo un charro llamado Baltasar Cipérez, que solía llevar víveres á la plaza, y con esto y un borriquillo cargado de diferentes hortalizas, me colé dentro de la estudiosa Salamanca, llamada entre la gente escolar *Roma la chica*. Por algunas horas pude conservar mi atrevido incógnito; con astucia y donaire, exhibiendo mi *carta de seguridad*, logré sortear los primeros peligros; mas llegó de improviso la mala suerte, y fuí preso como espía y encerrado en lóbrega prisión.

Pero si Dios, al parecer y como por prueba, me dejaba entregado á las tribulaciones, no tardó en demostrarme después que miraba por mí sacándome de las pavorosas trampas en que caí. Dígolo porque mi primer encierro fué en la torre de la Merced Calzada. Dejéronme solo mis carceleros; subí velozmente á lo más alto, y desde el piso de las campanas contemplé toda la ciudad y sus fortificaciones, que dibujé con trazo firme y breve. Hecho esto, y cuando los bribones que me guardaban quisieron llevarme preso á la Comisaría de guerra, tuve bastante aplomo para burlarles graciosamente. Les convidé á beber; prestáronse á tomar las borracheras que quise administrarles; me hice pasar por un gran señor que se disfrazaba con fines de amoroso galanteo; ayudóme en esto una señorita inglesa, romántica y andariega, que yo había conocido en Saneti-Espíritu; cayeron en el engaño los aturdidos franceses, vencidos del vinazo y de mis sutiles fingimientos; escapé de sus uñas, y al caer en otras, fuí salvado por la misma excéntrica inglesita, que en

aquella novelesca jornada fué para mí emisaria de la Providencia.

Podría yo componer un libro con mis aventuras de aquel día, en que más de una vez me vi á dos dedos de la muerte. Mas la materia del libro condensaré en cortas líneas, diciéndoos que vi todo lo que quería ver, y allegué cuantos datos y conocimientos esperaba obtener por mi conducto el Duque de Ciudad Rodrigo. Y cuando me hallaba en lo más empeñado de mis observaciones y de mis peligros, supe y vi que los franceses evacuaban la ciudad, lo que no era para mí atenuante de mi arriesgada situación, sino más bien motivo de mayor cuidado, porque al salir Marmont con su ejército, dejó en la plaza gobernador, guarnición y policía que con bárbara celeridad castigaban el espionaje.

Para salir hube de valerme de un grupo de masones con quienes por mi buena suerte tropecé en las últimas horas de la noche del martes. Los clandestinos sacerdotes, maestros de obras del *Gran Arquitecto del Universo*, con la cooperación de la *miss*, entusiasta del misterio, de la leyenda y de toda extravagancia poética, me sacaron en la zaga de los franceses, compuesta de cantineros, mozas, y demás caterva perdularia y maleante que suele ser la extrema cola ó rabillo envenenado de los ejércitos en marcha. ¡Oh, Dios misericordioso, parecíame que había vivido un siglo dentro de Salamanca, la ciudad de Minerva convertida en ciudad de Marte! Cuando me vi fuera de las temibles puertas, creí que tornaba de la muerte á la vida.

Toda mi alma lanzaba este grito: «Ahora, Gabriel, al Cuartel General.» ¿Pero dónde estaba el Cuartel General aliado?

Viendo que los franceses tomaban la dirección de Toro, me encaminé yo hacia el Mediodía buscando el Valmuza, riachuelo que corre á cuatro ó cinco leguas

de la capital. Marchaba á pie con toda la prisa que me permitían mi cansancio, el insomnio y las fatigas cerebrales, y á las ocho de la mañana entré en Aldea Tejada... Nada me aconteció digno de notarse hasta Tornadizos, donde encontré la vanguardia inglesa y varias partidas de D. Julián Sánchez. Eran las diez de la mañana.

«Un caballo, señores, denme un caballo—les dije.—Si no, prepárense á oír al señor Duque... ¿Dónde está el Cuartel General? Creo que en Bernuy. Un caballo, pronto.»

Al fin lo tuve, y lanzándolo á toda carrera primero por el camino, y después por veredas y trochas, á las



doce menos cuarto estaba en el Cuartel General. Vestí á toda prisa mi uniforme, informándome al mismo tiempo de la residencia de Lord Wellington para presentarme á él al instante.

«El Duque ha pasado por aquí hace un instante—me dijo Tribaldoš.—Recorre el pueblo á pie.»

Un momento después, encontré en la plaza al señor Duque, que volvía de su paseo. Conocióme al punto, y acercándose á él le dije:

«Tengo el honor de manifestar á Vucencia que ven-

go de Salamanca, y que traigo todos los datos y noticias que Vucencia desea.

—¿Todos?—dijo Wellington sin hacer demostración alguna de benevolencia ni de desagrado.

—Todos, mi General. El ejército francés ha evacuado ayer tarde la ciudad, dejando sólo ochocientos hombres.»

Wellington miró al General portugués Troncoso, que á su lado venía. Sin comprender las palabras inglesas que se cruzaron, me pareció que habían previsto la salida de Marmont.

«Este es el plano de las fortificaciones que defienden el paso del puente», dije alargando el croquis que había sacado.

Tomólo Wellington, y después de examinarlo con profundísima atención, preguntó:

«¿Está usted seguro de que hay piezas giratorias en el rebellín y ocho piezas comunes en el baluarte?»

—Las he contado, mi General. El dibujo será imperfecto; pero no hay en él una sola línea que no sea representación de una obra enemiga.

—¡Oh, oh! Un foso desde San Vicente al Milagro—exclamó con asombro.—San Cayetano parece fortificación importante.

—Terrible, mi General.

—Y estas otras en la cabecera del puente...

—Que se unen á los fuertes por medio de estacadas en ziszás.

—Está bien—dijo complacido, guardando el croquis.—Ha desempeñado usted su comisión satisfactoriamente.

—Estoy á las órdenes de mi General.»

Fuí luego al alojamiento de Lord Wellington para darle cuenta de diversas particularidades que quería conocer relativas á conventos destruidos, á municio-

nes, á víveres, al espíritu de la guarnición y del vecindario. Mis noticias recogía con atento interés, y á cuantas preguntas me hizo contesté, informando de lo que yo sabía y guardando reserva sobre lo que ignoraba. Entendí que estaba satisfecho de mi servicio, y que su grande ánimo me dispensaba el honor de considerarme cumplidor del deber en circunstancias difíciles. Mi orgullo, mi honrada vanagloria por la modesta colaboración en los planes del Capitán inglés, eran mi mejor premio y el único que yo apetecía.

Aquella misma tarde partimos hacia Salamanca, llegando á la vista de ésta antes de obscurecer. En la noche, nos alejamos para pasar el Tormes por los vados del Canto y San Martín. Todos decíamos: «Mañana atacaremos los fuertes.»

Al día siguiente, 20 de junio, muy de mañana, se dejaron ver en los cerros del Norte los cuarenta mil hombres de Marmont. Suspendimos el ataque á los fuertes. é hicimos varios movimientos para tomar posiciones si el enemigo nos provocaba á trabar batalla. Mas pronto se conoció que Marmont no tenía ganas de lanzar su ejército contra nosotros, siendo su intento, al aproximarse, distraer las fuerzas sitiadoras, y tal vez introducir algún socorro en los fuertes. Pero Wellington persistía con tenacidad sajona en apoderarse de San Vicente y de San Cayetano, los dos formidables monasterios arreglados para castillos por una irrisión de la Historia.

Cuando se expugnaban los conventos convertidos en fuertes, vimos que Marmont se alejaba hacia el Norte, camino de Toro. En marchas y contramarchas transeurrieron dos ó tres semanas, al cabo de las cuales nos encontramos otra vez en las inmediaciones de Salamanca. Aconteció que ambos ejércitos se movieron paralelamente, los franceses sobre la izquierda, nos-

otros sobre la derecha, viéndonos muy bien á distancia de medio tiro de cañón y sin gastar un cartucho. No puede precisar mi memoria lugares ni fechas en los días de esta contradanza. Lo que tengo bien presente es que el 21 de julio por la tarde pasamos el Tormes. Los franceses, según todas las conjeturas, habían pasado el mismo río por Alba de Tormes, y se encontraban al parecer en los bosques que hay más allá de Cavarrasa de Arriba. Formamos nosotros una línea no muy extensa, cuya izquierda se apoyaba junto al vado de Santa Marta, y la derecha en el Arapil Chico, junto al camino de Madrid. Una pequeña división inglesa con algunas tropas ligeras ocupaba el lugar de Cavarrasa de Abajo, punto el más avanzado de la línea anglo-hispano-portuguesa.

En el Arapil Chico estaba yo cuando vi venir hacia nosotros el Cuartel General. El Duque y su Estado Mayor echaron pie á tierra en la falda del cerro, dirigiendo sus miradas hacia Cavarrasa de Arriba. Llamó el Lord á los oficiales del regimiento de Ibernia, uno de los establecidos allí, y habiéndome presentado yo el primero, me dijo:

«¡Ah!... ¿Es usted el caballero Araceli?»

— Á la orden de Vuecencia, mi General.»

Recordé entonces que al dar cuenta á Wellington de mi arriesgada misión en Salamanca le dije que mi mayor gloria sería servir directamente á sus órdenes. En la entrevista que ahora refiero, vi claramente que el Duque tenía mejor memoria que yo. Volviéndose á uno de los que le acompañaban, dijo así: «Brigadier Pack, en la ayudantía del 23 de línea, que está vacante, ponga usted á este joven español, que desea morir por Inglaterra.»

«Por la gloria y el honor de la Gran Bretaña», exclamé, la mano en el pecho.

Dirigiéndose á su íntimo amigo D. José Olawlor, el Duque le dijo: «Paréceme que Marmont se dispone para adelantársenos á ocupar mañana el Arapil Grande.»

Manifestaba el General en Jefe cierta inquietud, y por largo rato su anteojo exploró los lejanos encinares y cerros hacia Levante. Poco se veía ya, porque vino la noche. Los cuerpos de ejército seguían moviéndose para ocupar las posiciones ordenadas por el General en Jefe, y me separé de mis compañeros de Ibernía y de la división española.

«Nosotros — me dijo España — vamos al lugar de Torres, en la extrema derecha de la línea, más bien para observar al enemigo que para atacarle. Entiendo que los *Escoceses* tratarán de ocupar mañana el Arapil Grande.

La brigada Pack, á la cual desde hace un momento pertenezco, amanecerá mañana con la ayuda de Dios en la ermita de Santa María de la Peña, y después...

«Adiós, mi querido Araceli; pórtate bien.

— Adiós, mi querido General. Saludo á mis compañeros desde la cumbre del Arapil Grande.»

III

¡El Arapil Grande! Era la mayor de aquellas dos esfinges de tierra, levantadas la una frente á la otra, mirándose y mirándonos. Entre las dos debía desarrollarse al día siguiente uno de los más sangrientos dramas del siglo, el verdadero prefacio de Waterlóo, donde sonaron por última vez las trompas épicas del Imperio. Á un lado y otro del lugar llamado de Arapiles se elevaban los dos célebres cerros, pequeño el uno, grande el otro. El primero era nuestro; el segundo á nadie

pertenecía en la noche del 21. A nadie pertenecía, por lo mismo que era la presa más codiciada.

Á la derecha del Arapil Grande, y más cerca de nuestra línea, estaba Huerta, y á la izquierda, en punto avanzado, formando el vértice de la cuña, Cavarrasa de Arriba. La de Abajo, mucho más distante, y á espaldas del Gran Arapil, estaba en poder de los franceses.

La noche era como de julio, serena y clara. Acampó la brigada Pack en un llano, para aguardar el día. Como no se permitía encender lumbre, los pobrecitos ingleses tuvieron que comer carne fría; pero las mujeres, que en esto eran auxiliares poderosos de la milicia británica, traían de Aldea-Tejada y aun de Salamanca fiambres y embutidos sabrosos, que con el ron abundante devolvieron el alma á los desmadejados cuerpos. Gran martirio era para los *highlanders* que no se les consintiera en aquel sitio tocar la gaita entonando las melancólicas canciones de su país; y formaban animados corrillos, en los cuales me metí bonitamente, para tener el extraño placer de oírles sin entenderles. Érame en extremo agradable ver la conformidad y alegría de aquella gente, transportada tan lejos de su patria, sostenida en su deber y conducida al sacrificio por la fe de la patria misma. Un escocés talludo, alto, hermoso, de cabellos rubios como el oro y de mejillas sonrosadas como una doncella, levantóse al ver que me acercaba al corrillo, y en chapurrado lenguaje mitad español, mitad portugués, me dijo:

«Señor oficial español, dignaos honrarnos aceptando este pedazo de carne y este vaso de ron, y brindemos á la salud de España y de la vieja Escocia.

— ¡Á la salud del Rey Jorge III!, exclamé yo.

Sonoros *hurras* me contestaron.

«El hombre muere y las naciones viven — dijo dirigiéndose á mí otro escocés que llevaba bajo el brazo

el enorme pellejo henchido de una zampona.—¡Hurra por Inglaterra! ¡Qué importa morir! Un grano de arena que el viento lleva de aquí para allá, no significa nada en la superficie del mundo.

— ¡Viva España!

— ¡Viva Lord Wellington!

Las mujeres lloraban, charlando por lo bajo. Su lenguaje, incomprendible para mí, me pareció un coro de pájaros picoteando alrededor del nido.

Los escoceses se distinguían por el pintoresco traje de cuadros rojos y negros, la pierna desnuda, las hermosas cabezas ossiánicas cubiertas con el sombrero de piel, y el cinto adornado con la guedeja que parecía cabellera, arrancada del cráneo del vencedor en las salvajes guerras septentrionales. Mezclábanse con ellos los ingleses, cuyas casacas rojas les hacían muy visibles á pesar de la obscuridad. Los oficiales, envueltos en capas blancas y cubiertos con los sombreritos picudos y emplumados, nada airosos por cierto, semejaban pájaros zancudos de anchas alas y movable cresta.

Con las primeras luces del día, la brigada se puso en marcha hacia el Arapil Grande. Pack distribuyó sus fuerzas y las guerrillas se desplegaron. Los ojos de todos fijábanse en la ermita situada como á la mitad del cerro.

Subieron algunas columnas sin tropiezo alguno, y llegábamos como á cien varas de Santa María de la Peña, cuando la ondulación del terreno, descendiendo á nuestros ojos á medida que adelantábamos, nos dejó ver, primero una línea de cabezas, luego una línea de bustos, después los cuerpos enteros. Eran los franceses. El sol nascente, que á espaldas de nuestros enemigos aparecía, nos deslumbraba, y era causa de que los viésemos imperfectamente. Un murmullo lejano llegó á nuestros oídos... Rompióse el fuego. Las gue-

rrillas lo sostenían, mientras algunos corrieron á ocupar la ermita.

Á ésta precedía un patio, semejante á un cementerio. Entraron en él los ingleses; pero los imperiales, que se habían colado por el ábside, dominaron pronto lo principal del edificio y los anexos posteriores. Resultó que aun no habían forzado la puerta los nuestros cuando ya les hacían fuego desde la espadaña de las campanas y desde la claraboya abierta sobre el pórtico.

El Brigadier Pack, uno de los hombres más valientes, más serenos y más caballerosos que he conocido, arengó á los *highlanders*. Á los míos hablé yo en español el lenguaje más apropiado á las circunstancias. Tengo la seguridad de que me entendieron.

El 23 de línea no había entrado en el patio, sino que flanqueaba la ermita por su izquierda, observando si venían más fuerzas francesas. En efecto, no tardó en aparecer otra columna enemiga. Esperarla, darle respiro, aparentar, siquiera fuese por un momento, que se la temía, habría sido renunciar de antemano á toda ventaja.

«Á ellos — grité á mi coronel.

— ¡*All right!* — exclamó éste.»

Y el 23 de línea cayó como avalancha sobre la columna francesa. Trabóse un vivo combate cuerpo á cuerpo; vacilaron un poco nuestros ingleses, porque el empuje de los enemigos era terrible en el primer momento; pero tornando á cargar con aquella constancia imperturbable que, si no es el propio heroísmo, es lo que más se le parece, toda la ventaja estuvo pronto de nuestra parte. Retiráronse en desorden los imperiales, ó mejor dicho, variaron de táctica, dispersándose en pequeños grupos, mientras les venían refuerzos. Realmente no debíamos envanecernos, pues igno-

rábamos la fuerza que podían enviar los franceses detrás de las anteriores. Veíamos enfrente el espeso bosque de Cavarrasa, y nadie sabía lo que se ocultaba bajo aquel manto verdinegro. ¿Serán muchos, serán pocos? Mirábamos al bosque, y el obscuro ramaje de las encinas no nos decía nada. Era una masa enorme de follaje, un monstruo chato y horrible que se aplataba en la tierra con la cabeza gacha y las alas extendidas, empollando quizás bajo éstas innumerables guerreros.

De pronto vimos que el monstruo se movía; que alzaba una de sus alas; que echaba de sí un enjambre de homúnculos, los cuales distinguíanse allá lejos, al costado de la madre, pequeños como hormigas. Luego iban creciendo, íbanse acercando... de pigmeos tornábanse en gigantes; lucían sus cascos; sus espadas semejabán rayos flamígeros; subían en ademán amenazador columna tras columna, hombre tras hombre.

Con la presteza del buen táctico, Pack, sin abandonar el asedio de la ermita, nos mandó más gente y esperamos tranquilos. El bosque seguía vomitando gente.

«Es preciso combatir á la defensiva — dijo el coronel.

— Á la defensiva, sí. ¡Viva Inglaterra!

— ¡Viva el Emperador! — repitieron los ecos lejanos.

— ¡Ingleses, la Inglaterra os mira!»

El clamor que antes nos contestara de lejos diciendo ¡viva el Emperador! resonó con más fuerza. El animal se acercaba y su feroz bramido infundía zozobra.

Ocupáronse al instante unas casas viejas y unos tejares que había como á sesenta varas á un lado y otro de la ermita, estableciéndose imaginaria línea defensiva, cuyo único apoyo material era una depresión del terreno, una especie de zanja sin profundidad que pare-

cía marcar el linde entre dos heredades. Pack dispuso sus fuerzas á la defensiva; con ojo admirable y rápido se hizo cargo de los diversos accidentes del terreno, de las suaves ondulaciones del cerro en aquella parte, del peñón aislado, del árbol solitario, de la tapia ruinosa, y todo lo aprovechó.

Llegaron los franceses. Nos miraban desde lejos con recelo, nos olían, nos escuchaban.

¿Habéis visto á la cigüeña alargar el cuello á un lado y otro, de tal modo que no se sabe si mira ó si oye, sostenerse en un pie, alzando el otro con intento de no fijarlo en tierra hasta no hallar suelo seguro? Pues así se acercaban los franceses... Instantáneamente la cigüeña puso los dos pies en tierra. Estaba en terreno firme. Sonaron mil tiros á la vez, y se nos vino encima una oleada humana compuesta de bayonetas, de gritos, de patadas, de ferocidades sin nombre.

Yo había visto admirables actos de valentía en soldados españoles y franceses atacando; pero no había visto nada comparable á los ingleses en casos de resistencia. Yo no había visto que las columnas se dejaran acuchillar. El viejo tronco inerte no recibe con tanta paciencia el golpe de la segur que lo corta como aquellos hombres la bayoneta que los destrozaba. Había gente para todo: para morir resistiendo, y para matar empujando. Por momentos parecía que les rechazábamos definitivamente; pero el bosque, sacando de debajo de su plumaje nuevas empolladuras de gente, nos ponía en desventaja numérica.

La mortandad era grande por un lado y por otro, más por el nuestro, y á tanto llegó, que nos vimos en gran apuro para retirar los muchos muertos y heridos que imposibilitaban los movimientos. El contrapeso sostenido á fuerza de arrojo no podía durar mucho. Que los franceses enviasen gente; que por el contra-